

á rogarle que procurara curaciones ó velara por sus hijos, etc. » De no conceder fé más que á esta última indicacion, tendria la prueba de que la religion primitiva dura todavía.

Otra más manifiesta persiste, y es el uso de dar de comer á los espíritus anualmente y tambien en otras épocas, costumbre que todavía existe. Se nos habla de fiestas periódicas en honor de los muertos que tenían lugar entre las naciones de la antigüedad ó que lo tienen aun entre los Chinos actuales, y vemos en ello un vestigio del antiguo culto de los antepasados; vemos que la fiesta de los difuntos y diversas prácticas del mismo género continúan existiendo en diversas partes de Europa, tanto entre los Teutons como entre los Celtas; ¿podemos, pues, negar que en el fondo de estas costumbres no persista el culto primitivo de los antepasados (1)?

Veamos ahora como la induccion justifica la deduccion y comprueba la idea que hemos puesto en tela de juicio anteriormente.

Tomemos el agregado de pueblos, tribus, sociedades, naciones, y veremos que casi todos, sino todos absolutamente, tienen una creencia vaga y flotante, ó fija y clara en cuanto hace referencia á la vuelta á la vida del otro yo del muerto. Entre esos pueblos, es decir, casi en todo el género humano, encontramos una clase de pueblos ménos numerosos, que suponen que el otro yo del muerto, en la existencia del cual creen plenamente, existe durante largo espacio de tiempo despues de la muerte. Entre esta clase hállase comprendida otra casi tan numerosa, tales como los pueblos que practican la propiciacion de los espíritus, no solo en los funerales sino que algun tiempo despues. En fin, en esta última clase se encuentra una, más reducida, la de los pueblos más sedentarios y más avanzados, en la que el culto de los antepasados se perpetúa al lado de una creencia desarrollada de un espíritu existente por toda una eternidad. Hay todavía otra clase de pueblos, más reducida, pero no más pequeña, entre los que el culto de los antepasados distinguidos, se eleva al culto de los antepasados vulgares. Al fin esta subordinacion se acentúa y acaba por ser la

(1) La gente católica del campo no olvida durante todo el año el procurar estar bien con las almas de los muertos. Se recogen toda la semana las migas de la mesa, y en la noche del sábado se echan al hogar para que sirvan de alimento á las almas durante el santo día que sigue. Si se tumba la sopa sobre la mesa... se deja para las pobres almas. Cuando una mujer prepara la pasta para el pan, arroja detrás de ella un puñado de harina, arroja un pedazo de pasta al horno. Cuando hace tortas pone un poco de grasa en la pasta y lanza la primera torta al fuego. Los leñadores ponen pequeños trozos de pan seco sobre los troncos de los árboles, todo para el bien de las pobres almas. A medida que se aproxima el día de los difuntos se manifiesta de una manera más viva la atencion en favor de los muertos. En cada casa se mantiene encendida una luz todas las noches, pero no de aceite, con grasa que se pone en la lámpara, se deja una puerta abierta ó á lo ménos una ventana; la cena sobre la mesa y algunas veces se añade algo, se acuestan más temprano, todo para que los queridos angelitos puedan entrar sin que nada les estorbe. Tal es la costumbre de los labriegos del Tyrol, del Alto Palatinado y de la Bohemia alemana.—*Rochhole, Deutcher Glaube und Brauch*. T. I, pág. 323.

más arraigada en los países donde los antepasados eran los jefes de las razas conquistadoras.

Las mismas frases de que se hace uso en las sociedades civilizadas para designar los diversos órdenes de seres sobrenaturales, indican que es ciertamente asimismo como las cosas han pasado, porque primitivamente estas frases tenían todas el mismo sentido. Hemos dicho ya que entre los Tanneses la palabra que designa á un dios quiere decir literalmente un hombre muerto; este hecho es el tipo de lo que se encuentra por todas partes. Aparicion, espíritu, demonio, son palabras que se aplicaban en un principio al otro yo, sin distincion de su carácter; de donde se han venido aplicando con sentidos diferentes desde que se empieza á asignar á los otros seres caracteres diferentes. La sombra de un enemigo aparece como un diablo, la de un amigo como un dios, inferior y local en tal país, de un poder más extenso y de una autoridad más generalmente reconocida en otro. Cuando las ideas no se han desarrollado hasta este punto, no existe vocablo alguno diferente que le corresponda, y la lengua carece de palabras para expresar las distinciones que nosotros admitimos. Los primeros misioneros que pusieron el pié en América hallaron dificultades por haber encontrado que el solo nombre de la lengua del país de que ellos podían echar mano para designar el de dios, significaba demonio. En griego *daimon* y *theos* son equivalentes. Eschylo nos presenta á los hijos de Agamemnon invocando el espíritu de su padre como á un dios. Lo mismo ocurría entre los Romanos. Además de que hacían de la palabra *demon* uso general para designar los ángeles ó los genios, buenos ó malos, generalizaban tambien la palabra *deus* empleándola para designar un dios ó un espíritu indistintamente. Sobre las tumbas se llamaban *dioses* á los *manes*. Una ley prescribía que «los derechos de los *dioses-manes* eran inviolables.» Lo mismo entre los Hebreos. Isaías (VIII, 19) dice que ha recibido orden de rechazar la creencia reinante que implicaba esta confusion. «Si os dicen: informaos de los espíritus de Python y de los que dicen la buena ventura, de los que hablan entre dientes y en voz baja, responded: Por qué el pueblo no se informará antes de su dios? ¿Cómo ir á los muertos para saber de los vivos? etc.» Cuando Saul consulta la sombra de Samuel la hechicera dice: «Yo he visto dioses (elohim) que subían de la tierra.» En esta frase, dios y espíritu son sinónimos (1). Aun hasta nuestros días el paren-

(1) Para el primero de estos párrafos, Cheyne explica la palabra dios aplicándola á los espíritus de los héroes nacionales muertos. Para el segundo, el comentario de Speaker dice: «Es posible que *elohim* se emplee aquí en un sentido general, para significar «aparicion sobrenatural, ángel ó espíritu.» Para la palabra *elohim*, Kneneñ nota que no hay duda alguna que al principio los seres superiores, los objetos que el hombre tenía (eloah) recibían este nombre (elohim), de manera que esta palabra es un argumento en favor de un politeísmo primitivo.

tesco de entrambas palabras es notorio. La proposición dios es espíritu, es la aplicación de una palabra que aplicada de otra suerte significa alma humana. El sentido del título de Espíritu-Santo no se distingue del sentido de espíritu en general más que por el epíteto que le califica. Designamos aun un ser divino por una palabra que, en su origen, significaba el aliento que abandona el cuerpo del hombre en el momento de la muerte, y que estaba destinado á constituir la parte sobreviviente del hombre.

¿Estos diversos hechos no nos autorizan para creer que de la concepción, antes uniforme, del espíritu fantasma, se han originado las diversas concepciones de seres sobrenaturales? En nombre de la ley de la evolución podemos inferir *a priori* que habrá un gran número de concepciones de este género. Los espíritus de los muertos que en una tribu primitiva forman su grupo ideal, en el cual los miembros no se distinguen mucho entre sí, se hacen cada vez más desemejantes. A medida que las sociedades se extienden, organizan y complican, que las tradiciones locales y generales se acumulan y complican, las almas humanas ya semejantes, van perdiendo esta semejanza en las creencias populares, tanto por el carácter como por la importancia se diferencian hasta el punto donde su naturaleza común deja de ser conocida.

Así, pues, debemos contar con volver á encontrar modificaciones muy diferentes de la creencia en los seres sobrenaturales, y tanto más numerosas cuanto más aumentan las poblaciones, cuanto más se extiendan en estancias diversas, y cuanto más tienden á ocupar todos los lugares que la naturaleza ofrezca: examinémoslo en prueba en sus tipos más notorios.

CULTO DE LOS ÍDOLOS Y DE LOS FETICHES

Los hechos que hemos dejado ya señalados demuestran como los sacrificios dirigidos al hombre muerto recientemente acaban por ser paulatinamente sacrificios para que se le conserve su cuerpo. Ya hemos visto un sacerdote que cada día depositaba sobre un ataúd ofrendas para el cuerpo de un jefe tahitiano. Los antiguos habitantes de la América Central cumplían análogos ritos delante de los cadáveres disecados por medio de un calor artificial. Los Peruanos y los Egipcios nos ofrecen la prueba de que estas ceremonias acabarán por ser un culto de momias, gracias al empleo de un sistema de embalsamamiento perfeccionado. Lo que aquí debemos observar, es que además de creer que el espíritu

del muerto partía, estos pueblos no dejaban de tener una creencia confusa respecto á que este espíritu estaba presente en la momia ó que la momia misma estaba dotada de conciencia. La práctica seguida entre los Egipcios de poner alguna vez á la mesa sus muertos embalsamados, implica evidentemente esta creencia. Los Peruanos expresaban la misma creencia con igual costumbre y también de otras maneras. Algunas veces se paseaban alrededor de los campos el cadáver disecado de un pariente, como para mostrarle el estado de las cosechas. Una historia que Santa Cruz nos ha transmitido nos hace comprender que reconociendo así la presencia del antepasado, por esta costumbre, se reconocía también que ejercía autoridad. Como su segunda hermana rehusase casarse con él, «Huayna Capac, dice Santa Cruz, se dirigió á la tumba de su padre con ofrendas, rogándole que se la diera por esposa; pero el cadáver no respondió, apareciendo en cambio en el cielo señales aterradoras.»

La primitiva idea de que toda propiedad característica de un agregado es inherente á cada una de sus partes integrantes, implica una consecuencia que se puede deducir de la creencia de que hablamos. El alma, presente en el cadáver del hombre muerto conservado entero, está también presente en las partes conservadas de su cuerpo. De aquí la fé en las reliquias. Ellis nos dice que en las islas Sandwich, los huesos de las piernas, de los brazos, y á veces el cráneo de los reyes, eran conservados por sus descendientes, en la creencia de que los espíritus de estos reyes ejercen cierta función de guardianes. Los Griegos conservan unos tres años los cabellos y los huesos de los muertos. Entre los Caribes y diversas tribus de la Guyana, «los padres se distribuyen los huesos bien limpios de las personas que han perdido.» Los Tasmanios se mostraban «muy deseosos de poseer un hueso del cráneo ó de los brazos de sus parientes difuntos.» Las viudas Andamanes llevan al cuello el cráneo de su esposo difunto.»

Esta creencia en el poder de las reliquias lleva en algunos casos á tributarles un culto directo. Erskine nos refiere que los naturales de las islas Lifon y Loyalty, que «invocaban los espíritus de sus jefes fallecidos,» conservan también «reliquias de sus muertos, por ejemplo una uña de los dedos, un diente, un mechón de cabellos... y les tributan honores divinos.» — «En casos de enfermedad ó de otras calamidades, nos dice Turner, hablando de los naturales de la Nueva-Caledonia, llevan en ofrenda alimentos á los cráneos de los muertos.» Aun tenemos otra prueba, las conversaciones con las reliquias. En la choza de fetiches particular del rey Adoli, en Badagry, el cráneo del padre de este monarca se halla conservado en un vaso de arcilla colocado en la tierra. El rey «le reprende